

## **Generación Emboscada (1990)**

Ensayo de Julio Daniel Chaparro

"Él era incapaz de matar, pero no de matarse", dice José Agustín Goytisolo refiriéndose al piamontés Césare Pavese. ¿Podría uno utilizar esa misma frase para referirse a los poetas colombianos más jóvenes? Emboscados en un territorio donde el dolor es fácil y se multiplica a diario, nuestros más jóvenes poetas también padecen el país que les correspondió, y lo han sufrido de muchas maneras a lo largo de los últimos años, que han sido, por cierto, sucesión de días y de horas llenas de crueldad y horror.

Emboscados, sí. La certidumbre avanza por vía de la cotidianidad, pues en el caso de la nueva generación, el atisbo del país, de la sociedad, ha estado matizado por hechos que hermanan el miedo: la década de los ochenta, la década en la que les correspondió asumir la vida, caracterizada por un largo itinerario de asesinatos, masacres, magnicidios, guerra en muchos frentes, corrupción y desastres. Se podrían citar, en ejercicio de buena voluntad, hechos blancos para que el taller no quede incompleto. Pero lo cierto es que estos hombres y mujeres que levantan la voz de la poesía han sabido del dolor, conviven con él aún todos los días, incluso a veces lo reinventan.

Y, sin embargo, la resistencia está en sus propias palabras, situadas también en medio del fuego. En sus palabras, que parecieran ser fieles al dictado de Ungaretti a propósito de la ambigüedad, pues en estos escritores - a veces demasiado jóvenes - la realidad se cuele por las hendijas de los mundos que construyen, en estos rituales que se suman en una poesía que quiere ser lírica u onírica, la más de las veces; que rastrea lo hollado en los sabanales o en el sitio abandonado por las lavanderas, evitando la enumeración verificable; que sabe decir hoguera en vez de hogar; que busca el amor como paliativo, sin expresarlo; que hace de la palabra un ejercicio de limpieza, un nuevo pretexto para que la ternura continúe; que abarca, sin énfasis y negaciones, el humano destino porque se trata de asumir la realidad en el poema, pues es este el espacio que permite habitar el tiempo presente, con todos los miedos, con las breves alegrías: se trata de decirla en el borde del error, en plena situación de desespero.

La de ellos, la de estos hombres y mujeres quizá demasiado jóvenes, es una poesía que es también la esquila del ahogado, la numerosa carta del naufragio.

### **Caminos múltiples**

Una visión en panorama hacia lo que puede ser llamada "nueva poesía de Colombia" (el adjetivo aquí es harto discutible), permite, inicialmente, esta conclusión: hay varias vías, las poéticas se superponen y se entrecruzan, pero todas revelan un cierto afán por enunciar la realidad que muestra también el destello de su belleza. Podrían ser citados varios casos, pues es este el elemento en el que la generación se hace coral y manifiesta su insistencia. Si bien no aparece una tendencia dominante, si bien las voces son muy personales y

generalmente logran una articulación decorosa, sus preocupaciones -oteando en panorama, se reitera- son las mismas. Lo que trae de la mano una certidumbre arriesgada: aquí también se trata de una tradición que se sigue fundando. Con un adicional: no va en contravía. Avanza, así de simple, sin promover discusiones respecto del antecedente inmediato, sin provocar el escándalo protagonizado por anteriores promociones generacionales, o la juiciosa revisión de ciertos poetas, practicada por algunos de nuestros más prolíficos autores que, por demás, se han integrado fácilmente al santoral previamente derruido.

Por supuesto que es muy pronto para afirmarlo, pero digámoslo: la creación de los poetas más jóvenes, aquellos que precisamente integran lo que hemos querido denominar "una generación emboscada", esa obra en marcha que constituye el juicio más auténtico al país reciente (y también su asunción y exorcismo), ha sido elaborada desde el silencio, lo cual quiere decir desde la sinceridad. Quizá por eso mismo permita tantas lecturas. Quizá, por eso mismo, por venir de donde viene, por venir en la forma en que viene, da argumentos para afirmar que quienes son colombianos y además son poetas jóvenes (doble riesgo mortal, no queda duda), son incapaces de matar, pero no de matarse. Como Pavese.

### **Sinceridad y silencio**

Reiteremos lo de la sinceridad. Como en pocos momentos anteriores, los nuevos poetas se acercan para testimoniar, concediendo mayor importancia a las palabras que a los poemas. Porque saben que, como se ha dicho tantas veces, la verdadera patria del poeta es la palabra. En muchos de ellos es la palabra equívoca, la exigencia de un lector que cocree, la urgencia tras un texto cifrado y complejo, el conjunto que constituye la nota predominante. Son estos textos los que aparecen como más interesantes, en virtud de que han escogido el lenguaje como su punto de mira, su real objeto de tratamiento. El lenguaje como preocupación estética, fundamentalmente, aprovechando la riqueza de las palabras, hallándole su música más íntima para que, con esta brújula, los poemas y la poesía sean posibles.

En estos poetas es la ausencia de una realidad que cae en lento desmoronamiento la que convoca una alta dosis de lirismo, pues aparentan entender que ante el imperio de la muerte, la poesía debe ser poética, es decir, auténtica. Desechan así una tendencia tardía que ha hecho carrera en el país y que propone el cinismo y el desparpajo como tono, y el coloquialismo periodístico, de reseña (con sus opciones de verificación, documentación y tangibilidad), como enunciado.

Con estos poetas que no temen al lirismo ni a lo onírico, con estos escritores que arriesgan una poesía poética, se evidencia una real ruptura generacional respecto de las voces dominantes de las promociones anteriores. Frente al rechazo del país, frente a la negación de sus valores, frente a la ridiculización de las costumbres de entrecasa, frente a la ironía con que poetas anteriores comportaron su individual asunción, frente al ejercicio de revisión política practicada sobre los héroes o los mitos tradicionales - prácticas estas realizadas por los poetas que publicaron sus primeros libros durante la década de los

setenta - nuestros nuevos poetas oponen el escepticismo más absoluto, la noción de no futuro (algo muy distinto a la carcajada sobre un pasado ridículo y mohoso), la negación del éxito, pero oponen también la convicción de que aún existe algo de lo cual es posible asirse. Si no hay país, por lo menos hay paisaje. Si no hay barriadas ni muchachos, al menos ha quedado algo entre las huellas. Si hay muerte, también existe el amor, precario e incapaz, pero acaso suficiente. Si el futuro no existe, como tampoco existe el pasado, queda el poema, es decir, el epitafio.

De esta manera, este grupo de poetas jóvenes ha creado una voz ciertamente más amorosa, que muestra sin reticencias su admiración por los hombres que están avecindados con el estrago, por los niños que no se niegan la risa entre los cementerios, por el crepúsculo ensangrentado que permite ocasión para una nueva vendimia por encima del dolor. Esta admiración, clara en los poetas que han asumido la poesía como ejercicio en el que el poema regresa hacia su resonancia interior, intensificada por un lirismo pensante - distinto en todo caso de las fabricaciones verbales, del sensualismo fácil, de la divagación imaginativa y viciosa, del textualismo fatigante que emiten otras voces; deseo aquí el poema de ser un objeto de naturaleza poética -... esta admiración está dirigida, en primer término, a los propios poetas, porque ellos resultan ser los hombres del vecindario de la muerte, los niños de los camposantos más abandonados, los ocasos extraviados de todos los días.

¿Expresión romántica? Podría ser. Pero es así como se sobrevive. Porque ambos extremos del error están anotados en el poema. En este sentido, un verso de Fernando Linero es más claro que cualquier argumentación y, además, justifica el aserto que aquí se aventura:

*"Mientras el cuchillo visita a los escribas del alba  
pinto tus muros, lunación de hembra."*

Versos como estos no buscan encontrar una verdad, no quieren impartir una enseñanza: quieren ser eco y gesto, señal a los pájaros. Se trata de una opción que se puede rastrear, si se quiere, hasta en autores como Aurelio Arturo. Que incluso en José Manuel Arango puede tener su antecedente más inmediato. Pero no cabe duda de que el registro es muy personal, muestra otros hallazgos, entona sus propias indagaciones.

### **Alzando vuelo**

Recuerda Juan Gustavo Cobo Borda que Edgar O'Hara dice que en Colombia, como en México, los poetas jóvenes escriben bien, son pulcros, educados y todo eso, pero incapaces de echarse al vuelo.

Demasiado contenidos, demasiados escritores. Supongo que se habla aquí de la carencia del estremecimiento, de la fuerza volcánica que hace al lector de poesía salir arrojado de sí. Quizá ocurre, quizá los poemas de estos poetas sean demasiado "hechos", según el gusto del peruano. Digamos, en gracia de discusión, que es así, aunque albergamos muchas reservas (pues hay poetas que no son para nada contenidos: Rafael del Castillo, Jorge García Usta y Orietta Lozano son tres buenos ejemplos de quienes se lanzan al vuelo,

tumultuosos). Esa presunta falta de animalidad acaso se origina en la misma posición que estos poetas asumen ante la realidad.

Si la animalidad diaria es terrible, para nuestros poetas la única vía de salvación es la misma poesía. En esto son místicos. La poesía como único presente posible, pues no hay pasado, no hay futuro. Principio y fin están en el presente, en el poema. Es la escritura del poema, es el poema mismo, el instrumento cotidiano que permite la supervivencia; es al poema y la poesía, más que a su condición de poetas, a quienes adeudan la sobrevida que les queda.

Entonces está el poema para decir. Con desesperación. Con una limpieza absoluta, que es también origen de sí misma. Con la lengua de las colegialas saliendo un sábado camino de la alberca. Con la entonación con la que los muchachos de la cuadra narran sus primeras aventuras sexuales. Con el ánimo de otorgarle un verdadero sentido a la rabia que todo calcina, hasta el nido de los huesos. O asumiendo dolores pasados que se hacen de presente, oteando a las lavanderas de las orillas de los ríos, testimoniando el amor ejercitado y jadeante encima de los lodos, buscando al hombre tenebroso que es uno mismo al otro lado del espejo, trazando rostros diferentes para el fantasma con su máscara, entendiendo que la poesía que se escribe hoy es inútil ya, sino que es posibilidad de llegada. Los ejemplos podrían aumentar considerablemente porque estamos hablando de varios caminos simultáneos, de la creación de proyectos estéticos que saben ser personales, que han abrevado en innumerables lecturas, que erigen numerosos y distintos semidioses, y que, en fin, expresan con autenticidad a una generación que ya no depende de nada para poderse decir.